

HOMENAJE AL DR. CORIOLANO ALBERINI

18 de octubre de 1967.

PALABRAS DE LA SRA. ELENA SUÁREZ DE ALBERINI

Acabo de entregar para el "Memorial de Pensadores Argentinos", el ejemplar original de la semblanza de Alberini que el eximio poeta y dilecto amigo, Arturo Capdevila, me regalara antes de publicarla hace pocos meses en el matutino "La Prensa" de Buenos Aires.

Entre muchas cosas bellas, dice esto tan penoso: "Alberini fue herido por el zarpazo de la poliomeilitis. La carga que el destino le impuso fue una torpeza de las estrellas". Ante semejante injusticia, Alberini reaccionó con el valor y la dignidad que trasuntan sus palabras, sus exactas palabras: "Que no se me tenga lástima! Comiseraciones, no! Yo que lo conocí perfectamente, puedo asegurar que decía verdad y tenía razón. Porque sus palabras no eran estallidos de torpe orgullo, ni resentimiento: sino conciencia de su valer y expresión de la confianza en sí mismo. En este momento hablo con la autoridad de esposa, aunque con la humildad de una alumna.

Alumna que sentía por él la más ferviente admiración, el más hondo respeto.

Por su extraordinario talento, su elocuencia, su honradez, su generosidad, su respeto por los auténticos valores; y sobre todo por ese empuje irresistible de su voluntad, —"se libró de toda pena estéril"—, al decir del poeta; y pudo expresarse de la manera que quiso; porque tenía derecho a todo por privilegio que le había concedido Dios.

Y su vida constituyó un modelo. Y todo lo que convivió con él, servirá para mantener su recuerdo y su ejemplo.

Por eso, este acto de hoy, al que he venido para cumplir una voluntad y una promesa, satisface mis más íntimos sentimientos y deseos.

Alberini y yo, —tal como se acostumbra en países tradicionalistas y

respetuosos de las manifestaciones del espíritu—, habíamos resuelto legar a la Universidad de Cuyo, todo lo que constituyó el “marco” material y espiritual de una vida de familia, prolongada por más de cuarenta años. Pero, en ese momento, contábamos, —para nuestra dicha—, con la presencia del hijo, del único hijo, que por tremenda desgracia ha desaparecido también.

Al no estar él para cumplir nuestra irrevocable voluntad, he apresurado esta “entrega”, (que se completará en fecha próxima), para evitar que estas cosas de tanto valor anímico para nosotros, se dispersen en manos de una generación muy distante en el tiempo.

Ahora dirán ustedes: ¿Por qué entrego todo esto a la Universidad de Cuyo, por intermedio del profesor Diego Pró? Porque Diego Pró, hombre “impar” por su espíritu de justicia; capacitadísimo buscador de los más altos valores morales, intelectuales y artísticos; libre de todo interés y vanidad personal, llenó de luz, llenó de paz, los últimos días de la vida de Alberini.

Vida alejada por propia voluntad de todo boato, de todo el esplendor a que su capacidad y su actuación lo habían acostumbrado. El libro de Diego Pró, biografía de Coriolano Alberini, engrandeció sus últimos momentos y destruyó un incipiente descreimiento en la justicia, en la bondad, en la gratitud de los hombres. Gracias, Profesor Pró.

¿Y por qué la Universidad de Cuyo será la depositaria de una vida quizá más valorada en el extranjero que aquí? Lo atribuyo a que la formación de Alberini era profundamente europea, a pesar de su idiosincrasia esencialmente argentina. Y la Universidad de Cuyo coincidió con él, por sus matices definitivamente culturales, por los que Alberini bregó desde su gestación, influyendo en sus planes de estudios, designación de profesores, inauguración de cursos. . . Alberini actuó para esta Universidad, si no con el amor de un verdadero padre, con la devoción, con la ternura lúcida de un noble padrino.

¿Y qué decir del magnífico Congreso de 1949, en que Alberini ofició como Secretario Técnico y Vicepresidente? En que ya herido de muerte, —y sabiéndolo—, aceptó (a pedido del Dr. Ireneo Cruz), el riesgo de trabajar para gloria de esta querida Universidad, en un Congreso que honra a nuestra Patria, y honraría a cualquier país civilizado del mundo. Y éste ha sido un privilegio de Mendoza.

Fueron desde el principio familiares en las tertulias de nuestro hogar, los nombres de Matus Hoyos, Jofré, Correas, Lugones, Cruz, Paolan-

tonio. Más adelante: Arévalo, Malfei, Sepich, García de Orrubia, Catalano, Schindler. . .

Y por último, nuestros dilectos amigos: Diego Pró, Gonzalo Casas, Arturo Roig, Rodolfo Agoglia; que han contribuido ampliamente para organizar la obra escrita de Alberini, obra que para mi felicidad, --y pienso que para bien del país--, ya ha comenzado a ver la luz.

Es justicia consignar otros nombres que aunque no ligados directamente por el quehacer filosófico, han tenido estrecha vinculación por diversos motivos: el Dr. José Luis Minoprio, que matuvo contacto diario con Alberini en cada una de sus estadas en esta ciudad y a quien mucho estimaba. El Dr. Emilio Descotte, Rector de la Universidad Privada, cuya valiosa obra ha trascendido los límites locales.

Debo agregar un conjunto de jóvenes egresados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, actualmente radicados en esta ciudad a quienes adoctrinó en los cursos de Filosofía inolvidables para todos. Conozco la actuación de algunos en esta Provincia, entre los cuales destacaré al Dr. Vitale Nocera, pues sería excesivamente prolongado seguir enumerándolos.

Me referí hace un momento a la obra escrita de Alberini, que ya está lista y cuya publicación por razones personales obvias, me obsede.

Y dado que los caminos de Dios no siempre coinciden con los caminos de los hombres, temo que esta riqueza intelectual se pierda en el olvido, en la nada con mi desaparición.

No obstante sigo siendo optimista.

Sr. Rector, Dr. Dardo Pérez Guilhou: Celebro y agradezco su presencia aquí, hoy por ella en sí y porque significa la adhesión y el reconocimiento oficial de este homenaje por las nuevas autoridades universitarias.

Sr. Decano, Profesor Jorge Comadrán: Hago válida también para Ud. mis palabras al Sr. Rector. Y agrego para ambos que sea propicia la oportunidad para desearles una gestión serena y profícua que acrezca el prestigio de esta Alta Casa de estudios y contribuya a la felicidad personal de ambos.

Gracias al Director del Instituto de Filosofía, Profesor Diego Pró, inspirador e infatigable realizador de este homenaje, cuya importancia supera toda previsión.

Y ahora, Profesor Atilio Anastasi: he dejado su nombre para el final porque mi deuda de gratitud con usted es muy grande; pues a su comprensión y a su espontánea anuencia debo la profunda emoción de

este acto. Valoro más aún su actitud porque ella no surgió del cumplimiento de una obligación protocolar ni de un deber de amistad; sino por la exigencia de un fino espíritu con cuya frecuentación Alberini se hubiera enorgullecido. Gracias, pues.

Y gracias a todos los que de una u otra forma nos han acompañado recordando y honrando a Alberini.

PALABRAS DEL DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS, PROF. JORGE COMADRÁN RUIZ

La generosidad de que siempre hizo gala el ilustre pensador argentino, doctor Coriolano Alberini, sigue poniéndose de manifiesto, ahora por intermedio de su digna esposa, señora Elena Suárez de Alberini, quien ha decidido donar a esta Facultad de Filosofía y Letras y a su Instituto de Filosofía, una valiosa —material, espiritual y culturalmente— colección de libros, folletos, retratos, distinciones, etc., que pertenecieron al destacado pensador y Maestro.

Es para mí un altísimo honor el representar a la Facultad en este momento y recibir de sus manos tan preciosa donación. Todo ese material será celosamente custodiado por las autoridades de esta Casa de Estudios y especialmente por el señor Director del Instituto de Filosofía, bajo cuya responsabilidad queda en adelante el cumplimiento de esa promesa, que no es sino una obligación de nuestra parte. El Instituto de Filosofía, que va cuenta entre sus elementos de trabajo con ese inestimable tesoro bibliográfico que es la biblioteca que perteneció al doctor Alberini, adquirida hace ya varios años por la Facultad para enriquecer a su biblioteca especializada, completa ahora esa colección por una parte y agrega a la misma una serie de otros elementos que hablan de la personalidad cultural, moral, intelectual, humana, etc., de quien durante toda su vida formó aquella colección bibliográfica y le dio sentido a través de su extensa obra de educador, pensador y Maestro de muchísimos otros maestros.

No me corresponde a mí —fundamentalmente porque ella es conocida de todos— el destacar la personalidad del ilustre pensador que hoy recordamos. De ello, por otra parte, se ocupará enseguida el profesor Diego F. Pró, Director del Instituto de Filosofía, y luego lo harán él mismo y otros especialistas de la materia, en las conferencias a dictarse esta tarde en el Instituto de Filosofía. No puedo, sin embargo, dejar de recordar algo de lo que nuestra Universidad —a más de lo que ya llevo

dicho, que no es poco— le debe al doctor Alberini. El, desinteresadamente y con esa generosidad a que ya he hecho referencia, figuró en primera línea entre quienes asesoraron con el cúmulo de su experiencia, a los fundadores de nuestra Universidad en los años primeros de su vida —1939-40—, etc.

Nuestra Facultad, especialmente, le debe gran parte de su primera organización y sus primeros planes de estudio respondieron en gran medida a su consejo. El hizo todo lo que estaba en sus manos para fomentar los estudios filosóficos en la Nueva Facultad Cuyana. Muchos de los primeros profesores de la Facultad, lo fueron en virtud de su recomendación, que como proveniente de quién en esos momentos era figura señera en el ámbito de esas disciplinas, fue recibida con gratitud y llevada a la práctica sin discusión.

En repetidos viajes, contribuyó a cimentar a la nueva Facultad mediante conferencias, cursillos, consejos, etc. Por ello, y como no podía ser menos, cuando en 1949 la Facultad de Mendoza organiza el PRIMER CONGRESO ARGENTINO DE FILOSOFÍA, deposita en sus hábiles manos la Secretaría Técnica del mismo, en la seguridad de que de tal modo, el éxito del Congreso, primera experiencia de este tipo en Cuyo, sería —como luego se confirmó— todo un éxito. Luego, y hasta su sentida desaparición, no dejó en momento alguno de estar en contacto y colaborar con todas sus energías con nuestro Instituto de Filosofía, con su profesores, con la Facultad toda.

Por todo ello y por mucho más que no es ésta la ocasión de enumerar; por este nuevo gesto que ahora el doctor Coriolano Alberini realiza a través de su digna esposa, la señora Elena Suárez de Alberini, no puedo sino hacer pública nuestra enorme gratitud.

Gracias, muchas gracias, en nombre de la Universidad Nacional de Cuyo, en nombre de nuestra Facultad, de su Instituto de Filosofía, de nuestros profesores, de nuestros alumnos y del público culto de Mendoza, señora de Alberini, por este nuevo gesto suyo y de su ilustre esposo.

PALABRAS DEL DIRECTOR DEL INSTITUTO DE FILOSOFÍA, PROF. DIEGO F. PRÓ

La vida de las instituciones, aun la de estudios y educación, discurre en la cotidianidad de cauces y usos establecidos y opacos, cuando no mostrencos y pesados. A veces ocurre que tales aspectos funcionalizados y rígidos llegan a ser violentos e ingratos. Por dicha, no faltan en la vida académica, por lo mismo que traduce en el plano social los valores más altos, días como el actual, en que la llama del espíritu universitario se alza

para rendir tributo de homenaje a un genuino maestro argentino como lo fue el doctor Coriolano Alberini. En tales ocasiones, y rodeados de autoridades, colegas, amigos y estudiantes, ninguna voz es débil.

La vida y la obra del Dr. Alberini ha tenido una especial significación para esta Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. No sólo porque estuvo en el centro de la cultura filosófica del país durante casi treinta años, en cuyo lapso emergía a la existencia esta Casa de Estudios, sino porque desde los días iniciales de la misma participó en el desarrollo de sus estudios filosóficos. A él le perteneció el primer plan de estudios en lo que tenía de acertado y fueron sus alumnos de la vieja Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires los que orientaron en los primeros años la educación filosófica universitaria en Mendoza. ¿Hay que recordar aquí los nombres de los profesores Luis Felipe García de Oñrubia, Horacio Schindler, Juan José Arévalo, Ireneo Fernando Cruz, Héctor Catalano, Juan Villaverde, Manuel B. Trías y otros más? Las corrientes filosóficas que circulaban por estas aulas eran las que predominaban en la Facultad de la calle Viamonte y llegaban hasta Mendoza con aquellos primeros docentes de la cultura filosófica universitaria de Mendoza.

No menos importante es la acción personal que el Dr. Alberini realizara en sus breves viajes a Cuyo para dictar cursos y conferencias. Aun recordamos su apertura de los cursos académicos, allá hacia abril de 1943, cuando disertó con elocuencia y profundidad acerca de "La idea de progreso en la filosofía argentina" y en días sucesivos de temas psicológicos, con una exigencia y rigor intelectuales a la europea. En 1949 volvía a Mendoza como Secretario Técnico del Primer Congreso Argentino de Filosofía. Esta magna asamblea intelectual, a la que asistieron importantes pensadores de Europa y América, además de las figuras más relevantes de la Argentina, significó un acontecimiento cultural capaz de honrar intelectualmente a cualquiera de los países más adelantados culturalmente, como ha quedado documentado en los tres volúmenes de sus "Actas". Así lo reconocieron los miembros de aquel Congreso que tanto brillo dio a la Universidad Nacional de Cuyo, cuando en una de sus reuniones últimas tributaba un homenaje unánime al viejo maestro de la filosofía argentina, que se retiraba a la vida privada hasta su desaparición en una fecha como ésta, el 18 de octubre de 1960.

La Sra. doña Elena Suárez de Alberini ha querido cumplir con un deseo indeclinable de su esposo: entregar a la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza, y a su Instituto de Filosofía donde se encuentra su biblioteca desde 1952, un valioso legado constituido por documentos, libros y

obras de interés artístico e iconográfico, que estuvieron ligados a la vida y labor del ilustre maestro. La Sra. de Alberini ha llegado hasta Mendoza a cumplir con este deseo, que es también el suyo. La Facultad y la Universidad, con inteligente comprensión de la significación y alcance de su gesto, la han declarado huesped de honor. Acabamos de escuchar su palabra vital, enérgica y generosa y su justiciera evocación de hombres y figuras universitarias que se movieron alrededor de la personalidad del Dr. Alberini durante los años de su actuación pública. A través de su palabra un momento importante de la cultura argentina ha sido rescatado del pasado. Ausencias esenciales en la actualidad, los nombres memorados fueron en su tiempo el decoro intelectual de un país abierto a todas las sanas inquietudes y realizaciones. Con su sencillo señorío y su refinado sentido social de la cultura, la Sra. de Alberini ha sabido devolvernos algo de las formas y maneras mejores y tradicionalmente argentinas.

El Instituto de Filosofía se honra una vez más con la presencia en sus salas de estudios del Dr. Alberini, ahora quintaesenciado en el lienzo, las condecoraciones y los libros que fueron su compañía hasta el final de su vida. Su retrato al óleo, del prestigioso pintor don Francisco Villar, seguirá en su biblioteca y junto a sus libros, como en su casa de la calle Cangallo de Buenos Aires. El artista, contemporáneo de Ripamonte y de Quirós todos madurados en Europa, ha sabido pintar con su técnica brillante y apretada, sin concesiones fáciles, los rasgos físicos y espirituales del modelo. Alberini, que tenía un magnífico temperamento para la acción, expositor agudo y talentoso, aparece en el lienzo de Villar con cierta melancolía en los ojos. Un aspecto que pasaba inadvertido para los demás en la actitud vital y concreta como era la suya. Por los años en que fuera pintado este retrato (1926), Alberini era un profesor con estilo, que se daba a la tarea de limpiar los restos de un positivismo sin vuelo, no porque fuera sólo positivismo, sino porque era anacrónico y porque los que lo cultivaban no lo dominaban filosóficamente por dentro. Más allá de la imagen inmóvil de este óleo, estaba el maestro sentado junto a su escritorio, con el cigarro o una de sus variadas pipas en la boca, en tertulia con amigos, colegas y estudiantes de los días sábados y domingos por la tarde, o bien con su lectura incansable de libros perdurables, o concentrado en la concienzuda preparación de trabajos, discursos y clases. Alegre y burlón se entregaba a una eficaz tarea oral en las aulas y pasillos de las facultades de Buenos Aires y La Plata, de la que se beneficiaban alumnos y profesores. Muchos buscaban su diálogo, porque ingenioso y serio a la vez, vivaz y conceptuoso, era un regalo alternar con él. Hombre de una generación que creía en la eficacia de la personalidad humana, no era sólo un

erudito o un hombre de libros: estaba en la vida y en el quehacer histórico de su tiempo. Tenía un lugar propio dentro de la pléyade de la generación del Centenario, de la que fueron portaestandartes Rojas, Taborda, Rougés, Peradotto, Franceschi, Palacios, Ibarguren, Larreta y tantos más. Su labor significaba el espíritu y el sentido de la filosofía, de la filosofía superior, antes que la aplicación escolar y por modo exclusivo a esta a aquella dirección filosófica contemporánea.

Toda una época de Europa florece de las distinciones que recibiera el Dr. Alberini. Evoquemos, siquiera levemente, aquellos años ya lejanos. ¡La Legión de honor! 1929. Había viajado a Francia dos años antes. París. Solo unas trazas. Director de la Escuela Normal Superior era el sociólogo Bouglé. Desiré Roustan, ferviente discípulo de Bergson, era por entonces Inspector General de Instrucción Pública. Brunswick estaba en el apogeo de su prestigio, así como el psicólogo Delacroix. El rector de la Universidad de París, Pierre Lapie, antiguo profesor de la Facultad de Letras de Burdeos, le obsequiaba las tesis francesa y latina de Amadeo Jacques. Y Bergson, y Meyerson, y Xavier León, a quienes trató personalmente, y que encontramos en su biblioteca con su vida mejor en tanto libro valioso. Pasemos...

¡Comendador de Italia! 1941. Su viaje tenía otra fecha: 1927. La Italia de Croce, cuyas obras Alberini difundía en Buenos Aires desde la "Revista de la Universidad de Buenos Aires" a partir de 1912. Y desde 1918 a través de sus lecciones y cursos académicos en las universidades de Buenos Aires y La Plata. Conoció al filósofo napolitano en sus mismas tierras partenopeas. La Roma de Gentile, y sus clases en la Universidad, donde disertaba sobre la filosofía del espíritu con una eficacia verbal, sólo comparable a la Ferri, otro gran orador. La Bologna de Mondolfo, el autorizado historiador de la filosofía antigua, y la frecuentación de de Ruggiero, importante para adquirir una cultura histórica verdadera, y tantos otros maestros de altísima eficacia educativa.

¡Alemania! Doctorado honoris causa en Leipzig. 1930. En Berlín vuelve a hallar a Einstein, que había estado en Buenos Aires en 1925, y con Keyserling, que había pasado hacia 1929. En Leipzig habla en el aula magna de la Universidad, invitado por Hans Driech. Allí vuelve a encontrar a Félix Krüger, que había sido profesor en la Facultad de Buenos Aires en 1906. En Friburgo, Husserl lo recibe en su casa y viaja hasta la Selva Negra, en compañía de Carlos Astrada, a visitar a Heidegger. En Munich conversa con Spengler, en Hamburgo con Cassirer y Grossman... Alberini adquirió así, en el trato inmediato con las figuras filosóficas más importantes de su época, el sentido de lo que era la filosofía superior y

quizá por eso aguzó su sentido crítico, para sacar a la educación filosófica argentina de una etapa preponderantemente de asimilación de las ideas europeas y suscitar, además de la información actual, el espíritu crítico y los rasgos de originalidad.

Regresemos con la donación de la Sra. de Alberini a la cultura argentina. Alberini desempeñó un papel primerísimo en la tarea de despertar la conciencia filosófica del proceso histórico de nuestro país. Ahí están sus trabajos "Contemporary Philosophy Tendencies in South America (1927)", "La filosofía y las relaciones internacionales" (1926), "Die deutsche Philosophie in Argentinien" (1930), "La metafísica de Alberdi" (1934), "La cultura filosófica argentina" (1942), "Génesis y evolución del pensamiento filosófico argentino" (1949), trabajos reunidos con otros en libro de reciente publicación con el nombre de "Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina" (1966). En esos estudios Alberini ha cambiado la perspectiva, la interpretación y la ubicación de muchos pensadores argentinos, particularmente los de la generación de 1838.

Pero Alberini ha hecho mucho más. Pensó y elaboró concienzudamente una filosofía de la historia del pensamiento argentino. Conocía a lo hondo los problemas que plantea el proceso histórico y la ciencia historiográfica, tales como los de la continuidad y discontinuidad, la necesidad y la libertad, la múltiple etiología de las fuerzas históricas que pasan por la vida humana y su personalidad. Había ahondado en la naturaleza del hecho histórico y en el valor de su significación. "La significación de un hecho —dice Alberini— a veces no se aprecia cuando se produce, sino más tarde. Buen ejemplo de ello es la incompreensión de Pilatos frente a Cristo". Por eso la historiografía estará siempre abierta a nuevas evaluaciones.

Tenía el maestro Alberini conciencia de las dificultades del conocimiento historiográfico. Los problemas de la fluyente realidad histórica, de la singularidad, concreción e irreversibilidad de los acontecimientos, de la concepción abstracta de la ciencia histórica, que no puede menos de simplificar y empobrecer la realidad que estudia. Una cosa es la ola y otra el dibujo de la ola histórica. De la historiografía de documentos nos dice: "¡Ah, los documentos! Pido disculpas a mis amigos los historiadores: los documentos son un mínimo de historia. Se les escapa la historia imponderable. Cuanto más, evidencian el resultado de un proceso; no el proceso mismo. Se disipa la silenciosa y honda incubación de los hechos. Verdad es que lo no revelado por los documentos podría testificarse mediante la honesta conciencia de quienes todo lo saben por haber tomado parte en la historia no escrita. Pero para esto se necesita el concurso de dos raras

fuerzas psicológicas: buena memoria cultivada con entusiasmo y exactitud y un amplio uso de lo que Ortega y Gasset llaman el "fondo insobornable" de la conciencia". Alberini era un crítico severo de la historiografía externa de los hechos. Estos le parecían trozos de hielo en el flujo del río histórico.

Para la auscultación de las fuerzas históricas, las ideas sirven de audífonos y detectores. Las ideas constituyen la autoconciencia del proceso histórico. Cuando ellas se petrifican y se tornan pragmáticas, ganan en eficiencia lo que pierden en vitalidad y amplitud. Las fuerzas históricas se transforman en ideas y en ideales, en pensamiento y conciencia iluminadora, que actúan como de rebote ("Recorchet", dicen los franceses), sobre la realidad que alumbran como una lámpara. A veces la luz se vuelve incendio y hace estallar el mismo proceso que la produce. El ímpetu histórico, inorgánico e inconsciente, se erige, a fuerza de pensar, en conciencia histórica. La velocidad adquirida por el proceso histórico hace que la conciencia política lo ilumine y adquiera conocimiento de la posibilidad de nuevas realizaciones, algo así como si el mármol se transformara en estatua.

El pensamiento filosófico formaba para Alberini la tercera dimensión de la cultura nacional. Todo pueblo tiene un fondo axiológico colectivo que se ha formado históricamente. Las ideas filosóficas vuelven autoconcientes ese contenido de preferencias y estimaciones valorativas más o menos inconscientes. El papel de la filosofía consiste en tomar conciencia de esas valoraciones empíricas, en estudiarlas, en depurarlas y universalizarlas convirtiéndolas en valores puros e ideales.

La historia del pensamiento filosófico argentino estudia las concepciones del mundo, los estilos de vida y comportamientos, y las corrientes filosóficas con que han vivido los argentinos. Las primeras son interpretaciones globales, creencias dinámicas, que poseen valor práctico, sin que estén dominadas filosóficamente por dentro. Son escasas en conciencia de problemas y en espíritu crítico. Libres en los medios, no lo son en los fines. Por eso los hombres que se mueven predominantemente desde concepciones del mundo parecen autómatas espirituales.

El análisis de las concepciones del mundo debe ser, a juicio de Alberini, cuantitativo y cualitativo. Todos los elementos e ingredientes etiológicos que intervienen en ellas tienen que distinguirse en la reconstrucción histórico-filosófica, un poco como en las comidas de un buen "cordon bleu". Si difícil resulta la síntesis de elementos sensoriales, ¿qué no será cuando se trata de realidades espirituales? Sobre todo de las filosóficas con un fuerte sentido práctico. Pero la síntesis debe realizarse así, si quiere ser comprensiva. De lo contrario resulta un masocote.

Las corrientes filosóficas se caracterizan, por su parte, por una clara dosis de racionalidad y de universalidad. En lo que poseen de contenido axiológico muestran las preferencias y estimaciones de los pueblos y naciones. De allí el acento nacional de la filosofía. Si la filosofía por su universalidad no tiene patria, la tienen los filósofos.

Si hay un espíritu argentino, que lo hay, y si se manifiesta en las distintas actividades materiales y culturales, cabe pensar razonablemente en la existencia de la filosofía argentina. Alberini recordaba en este sentido unas palabras de Alberdi de su discurso en la apertura del Salón Literario: "Ya es tiempo de interrogar a la filosofía la senda que la Nación Argentina tiene designada para caminar al fin de la humanidad". Y con buen criterio señalaba Alberini que no se puede hacer historia del pensamiento filosófico argentino, si sólo se atiende a lo genérico de las corrientes de ideas, a las coincidencias e identidades de las mismas con las europeas, con olvido de lo diferente y propio. Hay que estudiar la exógeno y lo endógeno a la vez. O si se prefiere, comparar y comparar, identificar, pero para diferenciar a fondo.

Sra. doña Elena Suárez de Alberini:

Ha tenido usted la benevolencia de entregar la donación documental bibliográfica y artística por mi intermedio y ha acompañado su gesto con palabras de una generosidad conmovedora. No estoy seguro de merecerlas y por eso quiero defenderme de la emoción como lo hubiese hecho el maestro Alberini: con un rasgo de humor. Cuentan que último rey de España, Alfonso XIII, confirió a Unamuno la cruz al mérito intelectual. Cuando el gran escritor fue a Palacio le dijo al rey: "Majestad: vengo a agradecer la cruz al mérito intelectual, que me tengo bien merecida". ¡Gracias a Dios! —contestó Don Alfonso. ¡Por fin encuentro un escritor que me dice merecer la cruz, pues hasta ahora todos los favorecidos me han asegurado que no eran dignos de ella! Y Unamuno respondió: "¡Y tenían razón!". He contado esta anécdota unamuniana, porque seguramente mis alumnos dirán que no merezco las palabras y el gesto de la Sra. de Alberini. Y mis colegas añadirán: "¡Y con razón"...

Como ha podido apreciar, dignísima señora, y como lo volverá a vivir dentro de algunas horas en el acto académico del Instituto de Filosofía, en que algunos distinguidos colegas se ocuparán de las ideas y la obra del Dr. Coriolano Alberini, esta Facultad de Filosofía y Letras tiene plena conciencia de la importancia y el valor del legado que recibe de su memoria. Con estos bienes y recuerdos inauguraremos esta tarde el "Memorial de pensadores argentinos", con el cual queremos fomentar, siguiendo

do las huellas de su ilustre marido, la autoconciencia histórica y filosófica de nuestra vida universitaria. ¡Y muchas gracias!

Es cuanto quería decir.

Palabras del Prof.: JUAN R. SEPICH

El testimonio de un agradecimiento al Dr. Coriolano Alberini

Para mi conciencia es un verdadero deber, y a la par un honor, que se me haya pedido decir unas palabras en este tan justificado homenaje; justificado como pocos.

No pretendo comparar el valor de su trabajo intelectual con su labor personal, entre profesoral y meramente humano. Pero este último aspecto de Alberini reviste ahora una especial significación y lo pone fuera del alcance de todo intento de mezquinarle un encomio sin reticencias.

Conoció al Dr. Alberini en 1932 y en cátedra de Introducción a la Filosofía. Esa acción allí significó ya para mí un orientamiento del cual iba a configurarse todo mi rumbo hasta el día de hoy. Y éste es mi primer motivo de agradecimiento, que me permite, desde mi punto de vista estrictamente humano y personal, medir la enorme eficacia de la acción de Alberini como profesor y como hombre de vida intelectual.

En la que se puede "llamar su Facultad de Filosofía" de la calle Via-monte, Alberini ejerció una acción, de palabra e influjo, por más de veinticinco años, a la cual no estuvo ajeno nadie que profesó y estudió en ella; ni aun aquellos que creyeron no deberle nada.

Puede parecer mucho decir semejante afirmación; pero lo que mi conocimiento y experiencia de la vida universitaria de Buenos Aires, en la línea de la filosofía, alcanza, me autoriza a hacer sin temor la afirmación anterior.

Alberini estaba abierto al reconocimiento inmediato de todo signo de una vocación filosófica; y también a los signos inequívocos de una falta de dicha vocación.

Fue generoso sin reticencia en poner a disposición de quien pudiera aprovecharla, no sólo su copiosa erudición sino, sobre todo, su aguda percepción de la realidad espiritual de cada uno y el oportuno consejo acerca de las concretas circunstancias de la vida intelectual de nuestro país.

Su palabra de profesor era primordialmente promotora de comprensión capaz de determinar el rumbo de una vida.

A Alberini "profesor" nunca le faltó la expresión exacta que pudiera estimular un esfuerzo o alentar un comienzo promisor en cualquiera de sus alumnos y colegas.

Pero esa misma palabra se volvía flagelo implacable en sus labios para fustigar a quienes hacían de su vida académica una vulgar coquetería de la singularidad. Allí su palabra no conocía falsas conmiseraciones.

De esto es testimonio una frase, que desde que se la oí, como explicación a una pregunta que le formulé, no se borró de mi memoria. El éxito y la permanencia en el candelero, lo consiguen al precio de hablar bien, siempre, de cualquier situación por infame que ella sea.

Su sentido de la praxis era sobresaliente. Su acción universitaria —la acción para salvar de un casi cierto naufragio a la Facultad de Filosofía de Buenos Aires— solía describirla Alberini con su ocurrente lenguaje como éste: "Es igual que atravesar un ancho y fangoso pantano, por encima del cual sólo se puede llevar limpia la cabeza; lo demás debe enlodarse sin remedio. La cabeza son los principios".

Mi agradecimiento a Alberini se basa en la participación que me fue dada en esta su acción personal, bajo el doble aspecto de haber sido el único que con su orientación profesoral ha gravitado sobre mi pensamiento y su marcha; y el único de quien recibí una palabra de estímulo y de aliento.

El comienzo de mi actividad docente en la Universidad de Buenos Aires y en la Facultad de Filosofía como profesor adjunto, está ligado también a la acción de ese maestro que enseñaba con la misma sencillez con que se hacen las cosas más simples de nuestro diario trabajo.

Su primera enfermedad, que lo inhabilitó temporalmente en su trabajo, casi totalmente, lo acercó aún más a mí.

De esa amistad que entonces me brindó yo no hice sino recoger más pruebas de la meritoria acción de este hombre que, sin alardes, se propuso poner de pie al pensamiento filosófico dentro de la Universidad de Buenos Aires; y lo logró tanto por la eficacia de su esfuerzo y de su talento como de su inagotable generosidad intelectual.

Yo creo que Alberini no exhibió nunca sus amigos ni los confundió con los que lo rodeaban; pero sabía que los tenía y los cuidaba, precisamente con ese recato de mantenerlos desconocidos para los demás; pero en ellos se refugiaba cuando las circunstancias de su vida lo empujaban hacia la periferia.

Creo que el país no le ha hecho justicia a Alberini; por lo mismo me parece tanto más significativo este acto de hoy, en esta Universidad

que gozó de una cierta predilección de "abuelo" por parte del maestro Alberini.

El avizó y lo consignó por escrito en el prólogo al libro de Luis Farré: "El pensamiento filosófico argentino en sus últimos cincuenta años", con estas palabras: "Luego se extendió a otras facultades (lo hecho en la de Filosofía de Buenos Aires), formándose fuertes grupos de estudiosos que pertenecen a esta disciplina. Tiene lugar, por fin, un gran acontecimiento en la historia de la cultura filosófica argentina: se realiza el Primer Congreso Nacional de Filosofía en Mendoza, habiendo sido, en realidad, un Congreso internacional".

Señoras y señores: ese Congreso se concibió, se gestó y nació en este Instituto de Filosofía que hoy le rinde homenaje al maestro que lo supo ver, nacer y crecer, antes de que nadie se diera cuenta en el país, que Mendoza tenía también su Instituto y su núcleo de pensamiento filosófico.

No podía estar yo ajeno al agradecimiento para con este maestro, profesor y amigo a quien rindo esta palabra de reconocimiento como testimonio de lo que debo a su generosa acción de profesor y de amigo.